

Capítulo VI.

El triunfo de la verdad.

Antes de llegar á Granada, hicieron alto en una poblacion inmediata, y allí tuvo el almirante la inmensa alegría de abrazar á sus hijos, que corrieron á su encuentro.

Diegó se apresuró á confiar á su padre el profundo sentimiento que habia experimentado la reina y los inmensos deseos que tenia de indemnizarle de aquellos sufrimientos, colmándole de atenciones.

Por orden suya le llevaba magníficos trajes para que él y sus hermanos pudieran presentarse en la córte con gran aparato y ostentacion.

Al mismo tiempo habian dispuesto que salieran á recibirle los grandes dignatarios y que le acompañaran en triunfo hasta el alcázar.

Estas medidas, cuando ya tenian motivo los reyes para saber las acusaciones de que habia sido objeto, porque Colon no ignoraba que habia llegado al mismo tiempo que él la sumaria redactada por Bobadilla, le hizo ver que los reyes daban más fé á sus palabras que á las delaciones de todos los colonos y de su nuevo jefe.

Natural era que volviese á su alma la tranquilidad que habia perdido, que recobrase sus quebrantadas fuerzas, y que se presentase en la córte de los reyes de España con la grandeza que habia adquirido, y que aumentaban en cierto modo las vejaciones de que habia sido objeto.

En compañía de sus hermanos y de las personas que habian salido con él de Cádiz, llegó á Granada; allí fué recibido por los emisarios de los reyes y conducido á palacio por medio de una inmensa muchedumbre, que le vitoreaba y le aplaudia como queriendo resarcirle de los padecimientos que habia sufrido.

Los reyes le aguardaban, y al verle entrar en la régia cámara, se inundaron de lágrimas los ojos de la augusta Isabel.

Las lágrimas de aquella sublime reina conmovieron al almirante.

Adelantándose hácia el estrado, se postró de hinojos, besó la augusta mano que le tendian, quiso hablar; pero la emocion le ahogaba, y durante algun tiempo permaneció en silencio.

Sus ojos, su actitud, todo revelaba la profunda gratitud que experimentaba en aquellos momentos, y

los que asistían á aquel espectáculo, tan conmovedor como sublime, no podían ménos de participar de la impresion general, dando solemnidad con su silencio y su recogimiento á aquel acto, en que la justicia se presentaba con toda su majestuosa grandiosidad á rehabilitar á un hombre á quien habian ultrajado sus falsos sacerdotes.

Los reyes, que estaban sentados en el trono, se levantaron y le saludaron con cariñosas frases.

Al fin pudo expresar sus sentimientos, y en medio de la mayor atencion habló de esta manera:

—Yo doy gracias al cielo,—exclamó conmovido,—porque al sumirme en la desventura ha querido inspirar á mi alma mayores motivos de gratitud, y me ha dado los medios de comprender el magnánimo, el justo, el generoso corazón de vuestras majestades. ¡Quién dirá al verme ahora en el colmo de la ventura que yo soy el que há poco, despojado inmerecidamente de mis títulos, tratado como un malhechor, cargado de cadenas, llegué á la patria á quien he consagrado toda mi vida? ¡Elocuente leccion para los que, halagados por la fortuna, se ciegan y se olvidan de sus deberes!

»Cuando la conciencia está tranquila, sufre las adversidades con serenidad,, porque la hora de la justicia llega. La verdad triunfa de la mentira, y la inocencia recibe el galardón.»

Después de pronunciar estas palabras, quiso vindicarse de las acusaciones de que era objeto.

—No hagais tal,—exclamó la reina.—Os cono-

mos lo bastante para saber que tambien ahora os han calumniado. El mejor defensor que teneis es la crueldad de vuestros enemigos. Ellos son los que necesitan disculparse ante el mundo y ante nosotros de los abusos que han cometido, y como los ultrajes que se os han hecho han sido sin nuestra anuencia, porque siempre hemos admirado las grandes prendas de vuestro carácter y los grandes servicios que habeis prestado á la corona, sufrirán el castigo que merecen.

—Por nuestra parte,—añadió el rey,—desaprobamos la conducta de don Francisco Bobadilla: todos sus actos han sido contrarios á las instrucciones que recibió, y muy en breve será arrojado del puesto que ha usurpado de una manera tan inícuca, para sufrir el castigo que merece.

¿Qué mayor satisfaccion podia desear Colon por los ultrajes que habia recibido?

Después de la solemne recepcion, hablaron particularmente los reyes al almirante, y aseguránronle que se le devolverian sus bienes y se le rehabilitaria en el goce de todos sus privilegios y dignidades.

—Ahora descansad en la córte,—le dijeron;—reponed vuestras abatidas fuerzas, tranquilizaos, y contad siempre con nuestra proteccion, con nuestro afecto para las nuevas empresas que intentais acometer.

—Mi única ambicion hoy,—contestó el almirante,—es verme restablecido en el empleo que me han usurpado, porque mientras esto no suceda, me parece

rá que he delinquido y que envuelve mi nombre un anatema.

Ofrecieron sus majestades hacerle completa justicia, y Colón se entregó de nuevo á la esperanza de poder volver en breve en triunfo á recuperar el mando de Santo Domingo.

No dejaba de ser esto una ilusión.

Sus enemigos habían sido vencidos; pero trabajaban por debajo de cuerda, y eran hábiles y poderosos para poder sofocar en el ánimo de los reyes sus mejores sentimientos, y hacer sufrir á Colón la venganza que les había inspirado su gloria.

Capítulo VII.

Venturas del hogar.

Colón halló consuelo á sus pesares y alivio á su enfermedad en el seno de su familia.

Sus dos hijos, Isabel y su madre se desvivían por hacer olvidar á aquel gran hombre los acerbos disgustos que habían amargado su vida, y Colón sentía renacer la fé en su alma y el vigor en su cuerpo al verse rodeado de aquellos seres, que se miraban en sus ojos y no ambicionaban más que verle feliz.

Bartolomé vivía á su lado, compartiendo con él los goces de la familia.

Trascurnió algún tiempo, durante el cual tuvo ocasión el almirante de conocer á fondo el carácter y los sentimientos de sus hijos, á quienes las circunstancias habían tenido alejado de él, y se enorgullecía de la

nobleza, de la energía, de la perseverancia de Diego, y de la dulzura, de la inteligencia y del generoso corazón de Fernando.

Impresionable y expansivo á la vez, embelesaban al almirante las repetidas muestras de veneracion y cariño que le daba la prenda que de su amor le habia dejado su inconsolable Beatriz.

Con más interés que Diego, con más curiosidad, aprovechaba todos los momentos que estaba á su lado para hacerle preguntas acerca de sus viajes, para que aclarara sus dudas y para que ilustrara su inteligencia; y alentado por la amabilidad con que le complacía su padre, se permitía hacer observaciones que entusiasaban al pobre viejo, porque le revelaban el buen criterio, el sentimiento de equidad, el levantado espíritu de aquel jóven, por cuyas venas corría su sangre.

En estos coloquios sembraba, sin saberlo, el almirante en el corazón de su hijo las semillas que, andando el tiempo, debían dar por fruto la verdadera historia, el juicio exacto de su vida y viajes, que Fernando, entregado con verdadera fé al estudio, legó á la posteridad, como la más noble defensa de sus actos, como el retrato más parecido y más fiel del autor de sus dias.

—¡Ah!—decía Colon á su hermano Bartolomé, cuando estaban solos.—Razon he tenido siempre en confiar en la Providencia!

Mucho he sufrido; grandes han sido los obstáculos que á mis deseos se han opuesto siempre.

Cansado estaba de luchar, pero una nueva vida renace en mí.

Los horizontes tristes desaparecen, y se trasforman en risueños.

—¿Qué importa la injusticia de los hombres? ¿Qué son los dolores que experimenta el alma en el camino de la vida, si al detenerse á descansar halla á su lado una familia como la que me rodea, hijos capaces de comprenderme y de resarcirme de mis sinsabores con su cariño?

Bartolomé prefería á Diego, sin dejar de estimar á Fernando.

Diego tenia mucho de su carácter.

Era inteligente y honrado; pero al mismo tiempo enérgico y activo.

Amaba la virtud hasta el sacrificio, y como él opinaba que, en vez de perdonar á los calumniadores, á los villanos que se complacian en manchar la honra de su padre, debía éste condenarlos á la vergüenza pública, aplastarlos como á una vívora ponzoñosa, y levantar ante ellos la frente, no sólo con dignidad, sino con altanería.

Muchas causas habian contribuido á formar este carácter en él.

Pero la principal era la muerte de los sentimientos delicados, de los afectos íntimos y tiernos que se habian extinguido en su alma al extinguirse la vida de María, haciéndole poco comunicativo, condenándole á no gozar las dulzuras de la expansion, y fo-

mentando en él el orgullo, la altivez, que era el sello distintivo de su carácter.

También contribuían á embellecer las horas de la vida del ilustre marino las atenciones y los cuidados de Inés, los recuerdos que, para distraer su ánimo, evocaba de Beatriz, y las inocentes y tiernas caricias de Isabel, que parecían reunir en su alma todo el cariño, toda la gratitud que habían sentido hácia Colón sus padres.

Los íntimos sentimientos de aquellos seres le consolaban en situaciones en cierto modo críticas.

Colón aspiraba á reconquistar todos sus derechos menoscabados, todas sus prerogativas, todos sus títulos, todos sus honores.

Deseaba volver á la colonia y confundir á los miserables que le habían calumniado.

Ansiaba proseguir sus descubrimientos, porque veía acercarse á él con pasos agigantados la muerte, y entonces más que nunca entreveía los secretos que el proceloso mar guardaba todavía para los europeos.

Arrebatárselos y aumentar con ellos su gloria, era su afán.

Bartolomé, por su parte, abundaba en los mismos deseos; pero desconfiaba de las personas que rodeaban á los reyes, desconfiaba de los monarcas mismos, y temía que nuevos desengaños acabaran con el quebrantado espíritu de su hermano Cristóbal.

Diego, que por haber vivido continuamente en la corte conocía las intrigas que se fraguaban, no abrigaba más que un propósito: el de defender á su pa-

dre, el de colocarse en situación de destruir las tramas que contra él se urdían, el de reivindicar á toda costa sus privilegios; y sin que él lo supiera, una noble ambición iba poco á poco ganando terreno en su alma, para impulsarle más tarde á sacar del olvido la gloria del autor de sus días, y á presentarle á los ojos del mundo con todo el esplendor, con todo el brillo que justamente había alcanzado.

Fernando, más joven aún, lleno de ilusiones, entusiasmado con su padre, guardaba un secreto en su corazón, un secreto que no se había atrevido á revelar á nadie.

Este secreto era el primer amor que nacía en su alma.

Isabel y Fernando se habían criado juntos.

Las dulces horas de la infancia, los primeros albores de la juventud les habían hallado estrechamente unidos por el hermoso vínculo del amor fraternal.

Inés les contemplaba, acariciando un deseo en su imaginación.

Los niños se profesaban un entrañable afecto.

Isabel no disfrutaba de nada sin dar parte de sus satisfacciones á Fernando.

Fernando se desvivía por complacer en todo á Isabel.

Cuando los niños cumplieron quince años, empezaron á vivir más separados.

Inés enseñaba á su hija las labores propias de su sexo.

Fernando tenia que salir á desempeñar en palacio las funciones de paje.

Mientras vivian separados, él no dejaba de pensar en ella.

Ella pensaba en él, pero no con tanta vehemencia.

Fernando deseaba volver á verla siempre que estaba lejos de ella, y poco á poco notaban que se aumentaba su encogimiento para hablarla.

El cariño fraternal se trasformaba en el corazón de Fernando en amor.

En Isabel continuaba siendo cariño.

Al fin y al cabo se dió cuenta Fernando de sus sentimientos.

Acarició esperanzas é ilusiones; pero se guardó muy bien de darlas á conocer.

Podrian amenguar las expansiones, las demostraciones de afecto de Isabel, y necesitaba al ménos que fuera siempre para él la hermana cariñosa.

Inés adivinaba los sentimientos de Fernando, y en el fondo de su alma experimentaba una inmensa alegría.

Aquello era la realizacion de su sueño, y sin embargo, Fernando tenia que renunciar á tan inmensa ventura.

La causa la adivinarán mis lectores.

Inés habia sacrificado sus deseos y la felicidad de su hija al agradecimiento que sentia hácia Villejo.

Fernando se habia impuesto tambien el mismo sacrificio.

Las circunstancias que concurrieron á impulsar.

le á tomar esta resolucion, fueron un tormento para su alma.

Por eso habia consagrado todo su cariño á su padre.

Por eso le preguntaba con interés, con ánsia, las impresiones de sus viajes.

Por eso deseaba encontrar en la ciencia un refugio á su alma lacerada, donde pudiera hallar un dulcísimo bálsamo que curase sus heridas.

El mismo fué quien se encargó de labrar la fortuna de Isabel á costa de la suya.